

*A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y se alegraban con ella. A los ocho días vinieron a circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre intervino diciendo: «¡No! Se va a llamar Juan». Y le dijeron: «Ninguno de tus parientes se llama así». Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre» Y todos se quedaron maravillados. Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y se comentaban todos estos hechos por toda la montaña de Judea. Y todos los que los oían reflexionaban diciendo: «Pues ¿qué será este niño?». Porque la mano del Señor estaba con él. El niño crecía y se fortalecía en el espíritu, y vivía en lugares desiertos hasta los días de su manifestación a Israel.*

La Natividad de Juan nos recuerda que también nosotros somos hijos de Dios, nacidos a la familia de Dios. Por el Bautismo, participamos de la misión profética de Cristo, ser precursores, anunciadores de su presencia y de su salvación.

La misión de Juan es la de facilitar y hacer posible el encuentro con Dios. Va al centro: renovarse, convertirse, para poder descubrir, escuchar y seguir al Verbo de Dios. Toda su vida tiene la grandeza de la misión bien cumplida, realizada sin ostentación. Y en ella se deja la vida. Su anuncio del Reino que se acerca choca con la resistencia violenta de quienes quieren construir su propio reino en este mundo. Juan con su propia sangre sellará su testimonio con valentía.

También cada uno de nosotros ha recibido una misión, que no puede ser reemplazada por nadie. ¿Soy consciente de que mi misión es la de facilitar a los demás el encuentro con Jesús? ¿Soy capaz de mantener una actitud valiente, constante y decidida, o me echo atrás dejándolo para otra ocasión más propicia y menos comprometida? ¿Ayudo a los demás a distinguir lo que está bien y lo que está mal, con verdad y con caridad? Como Jesús, ¿tengo verdadero interés en su salvación? ¡Los bautizados somos los profetas de hoy! Hablar y vivir sin miedos, para abrir camino a Jesús. Hoy el mundo sigue necesitando precursores. Jesús necesita profetas con el valor y la coherencia de Juan. Allanar caminos, enderezar sendas, ser voz que clame en el desierto de nuestras ciudades tan ajetreadas y llenas de ruido. No nos basta con saltar de gozo en el seno de la Iglesia, encerrarnos en la Iglesia buscando protección y seguridad. Tenemos que salir. Extender nuestro dedo y señalar a los hombres de hoy los caminos por los que pasa el Señor.